

**Inmigración: Buenas prácticas que son semillas**

# Ecumenismo humano

**Esteban Tabares\***

«Tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios» (Rut 1,16)

**E**n nuestra Fundación Sevilla Acoge, ya desde su inicio en 1985, se debatió y asumió un aspecto clave de nuestra identidad en la acción: la «interculturalidad». No queríamos hacer una asociación para los inmigrantes, sino con ellos.

Aunque «ellos» sean diferentes de «nosotros» y viceversa. «Pero es que muchos son musulmanes...». Pues que nuestra entidad sea no confesional a fin de no cerrarles la participación activa a ninguno. «Pero es que tienen un estilo de trabajo, una formación, un ritmo y unos objetivos de vida no iguales a los nuestros...». Pues inventemos y recibamos ellos y nosotros una misma formación en interculturalidad. Lo más valorado entre nosotros es la relación interpersonal, donde el conocimiento mutuo, la afectividad y la efectividad en la acción tienen prioridad sobre la diferencia de credos, etnia, sexo o culturas. En este clima humano básico es donde germina el respeto hacia la fe religiosa de unos y otros.

«Conviviendo juntos recibimos reconocimiento en la diferencia. En Sevilla Acoge no me siento “musulmán”, me siento cómodo, pues nadie me recuerda con ningún gesto mi diferencia de religión. Así, es más fácil la relación. Sin ocultar la pertenencia, no tengo a nadie enfrente que me diga “qué raro eres”... Por ejemplo, en las paredes hay cuadros con versos del Corán: eso eleva la autoestima y



te anima a ser lo que eres», explica Ousseynou Dieng, senegalés y mediador intercultural.

Cuando llega el Ramadán, los cristianos felicitamos a nuestros compañeros musulmanes, tanto al comienzo como al final de dicho mes. Se negocian los horarios con ellos para que puedan cumplir su ayuno sin dificultad, y muchas tardes compartimos juntos la ruptura compartiendo la misma merienda. La Fundación edita folletos para explicar el sentido del Ramadán y también organiza conferencias abiertas sobre el Islam. En el mismo sentido, los musulmanes nos felicitan a los cristianos en el día de Navidad y de Pascua de Resurrección. Contemplan las procesiones de Semana Santa y luego nos hacemos preguntas de todo tipo unos a otros. A petición suya, hemos organizado charlas para hablar sobre el cristianismo y sobre las cofradías sevillanas, que a ellos les llaman mucho la atención.

En la Fiesta del Cordero hacemos una celebración conjunta. Los cristia-

nos participamos con nuestros compañeros musulmanes en la muerte ritual de los corderos y juntos comemos y nos alegramos. Lo mismo sucede cuando hay un bautizo musulmán, la imposición del nombre al recién nacido, un entierro, una boda... Y viceversa: nuestros amigos musulmanes asisten a los actos religiosos que nos afectan a los cristianos en alguna circunstancia personal. Nuestra convivencia diaria y el mismo compromiso social compartido nos ayudan a todos en general a entender lo que se dice en el Corán 29,46:

«No discutáis con las gentes del Libro (cristianos y judíos) más que con la mayor cortesía, a excepción de quienes den prueba de injusticia entre ellos. Decidles: Creemos en lo que nos ha sido revelado y en lo que os ha sido revelado. Nuestro Dios y vuestro Dios son uno solo, y a él nos remitimos».

\*Fundación Sevilla Acoge.

Casi imperceptiblemente, en la convivencia diaria va produciéndose entre nosotros una especie de ósmosis, un trasvase silencioso de respeto a la fe del otro y de conocimiento de sus creencias. Porque unos y otros, aunque con diferente fe religiosa, compartimos una misma fe social, unos valores similares: este mundo no nos gusta y queremos cambiarlo a través de nuestro compromiso con los inmigrantes.

«Si sientes en lo más profundo de ti mismo que eso que te incita al bien es tu amor por Dios y tu amor por los hombres que Dios ama... Si piensas que el mal consiste en apartarse de los hombres, pues Dios los ama como te ama a ti, y que perderás tu amor por Dios si haces daño a aquellos a quienes Él ama, es decir, a todos los hombres... Entonces, tú eres discípulo de Jesús ('isawī), cualquiera que sea la religión que profeses». (Dr. Mohamed Kâmil Husany) (2).

## Ecumenismo humano y religioso

Nuestras sociedades democráticas se definen por el principio de la laicidad. Este ideal laico no puede entenderse ya como neutralidad o indiferencia ante el hecho religioso, sino que supone el reconocimiento de las tradiciones religiosas como sabidurías que se enriquecen unas a otras y que hacen brotar lo que es verdaderamente humano. La inmigración puede ayudarnos hoy día a encontrar el verdadero sentido de una laicidad intercultural, donde la presencia pública del hecho religioso pueda ayudarnos a vivir con más coherencia los valores sociales.

«El diálogo es un complejo de actividades humanas fundadas todas ellas en el respeto y en la estima por las personas de religiones diferentes. In-



**«Unos y otros, aunque con diferente fe religiosa, compartimos una misma fe social, unos valores similares: este mundo no nos gusta y queremos cambiarlo»**

cluye el convivir diariamente en paz y mutua ayuda, con el testimonio que da cada uno de los valores aprendidos por medio de la experiencia de fe. Significa una disponibilidad a cooperar con los otros para el mejoramiento de la humanidad, y un compromiso para buscar juntos la auténtica paz». (Juan Pablo II).

El hecho de las migraciones en Europa, viejos países de tradición cristiana, abre una oportunidad inédita y magnífica a nuestras iglesias para incorporarse con decisión y valentía al diálogo intercultural e interreligioso. No sólo desde los foros oportunos al respecto, sino especialmente en la vida cotidiana entre inmigrantes y autóctonos. Podemos ir cerrando ya el tiempo de las incomprensiones, luchas y separaciones, pues estamos urgidos a habitar un solo mundo. Ahora podemos comprender y practicar mejor la lección que aprendió el propio Pedro: «Sabéis que a un judío le está prohibido tener trato con extranjeros

o entrar en su casa; pero a mí me ha enseñado Dios a no llamar profana o impura a ninguna persona» (Hechos 10,29).

Las migraciones no son sólo desplazamientos geográficos de personas buscando un mejor lugar para vivir. Podemos también definirlos como vanguardia de los tiempos futuros, como una especie de gameto sociocultural que prepara y hace posible la necesaria fecundación intercultural. Como agente transportador del polen cultural, la inmigración realiza una función implícita difícilmente comprendida aún por nuestras sociedades. Este rol de embajador cultural de toda persona inmigrante no se plantea aquí para ocultar las dificultades y los dramas que sufren, sino para que no perdamos de vista el destino previsible de este interminable viaje: una sociedad plural, respetuosa y enriquecida humanamente con las diferencias.

La inmigración invita –a la sociedad en general y a las iglesias en particular– a cambiar nuestras miradas sobre la realidad. Trabajarnos la mirada es trabajar los implícitos, los hábitos, los modos de pensamiento, los prejuicios, los estereotipos, etc. Es trabajar para transformar la diferencia en riqueza humanizadora y sentirnos por ello más disponibles y más aptos para abrir un porvenir capaz de un equilibrio nuevo entre identidad y alteridad, entre las diferentes religiones llamadas a convivir y a construir juntas sociedades más humanas.

La tarea es inmensa y casi inédita. Tenemos un gran desafío histórico: o bien vamos hacia una sociedad dual de separación y de incomprensión (o peor aún, de odio y de violencia interétnica e interreligiosa), o bien creamos entre unos y otros mecanismos integradores, que sólo pueden estar cimentados en

el respeto mutuo y en una comunicación intercultural respetuosa e igualitaria. He ahí el reto: hemos de aprender a pensar y vivir dentro de un mundo cada vez más pequeño y donde la persona debería ser lo más grande. ¿Cómo interfecundar las visiones de las diferentes culturas y religiones sin dañar a ninguna de ellas...? Las personas cristianas estamos llamadas a construir dicho reto hacia dentro de la propia comunidad creyente y también hacia el exterior de la misma, puesto que el agua del bautismo nos purificó de todo exclusivismo: «Ya no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, varón o hembra, pues vosotros hacéis todos uno» (Gál. 3,28).

«El pluralismo es uno de los signos de los tiempos más luminoso en todos los campos: el político, el ideológico, el cultural, el religioso, etc. Es condición necesaria para la existencia y la supervivencia de las sociedades modernas y para evitar la espiral de la violencia de las ideologías y de las religiones» (3).

Las migraciones de hoy día son una llamada a los creyentes cristianos para superar el mito de Babel y ser



capaces de entendernos por encima de la diversidad. Lo queramos o no, se está produciendo por doquier un inmenso «ecumenismo humano», aunque no sin hondas fracturas sociales y mucho sufrimiento humano. Un ecumenismo que nos está invitando a revisar también cierto ecumenismo religioso oficial, para ir muchísimo más allá de la mera conciliación doctrinal de los textos sagrados de las diferentes religiones, puesto que:

«El auténtico ecumenismo no se da sin la conversión interior. Porque es de la renovación interior, de la abnegación propia y de la libérrima efusión de la caridad de donde brotan y maduran los deseos de la unidad» (4).

En la convivencia cotidiana entre inmigrantes y autóctonos, entre los de aquí y los que vinieron de allá, entre creyentes de ésta o aquella fe, en el compromiso compartido de unos y otros por hacer que la vecindad esté regida por la igualdad de derechos y oportunidades, en el diálogo interreligioso practicado a nivel de calle, de tú a tú, en la amistad y en la apertura..., vamos a ir experimentando que Dios anda por medio.

«Y aunque ese Dios lleve tantos nombres como lenguas y pueblos hay en la tierra, su boca no es más que la boca de los que se unen en el beso; y su mano no es más que la mano de los que se juntan en la vida; y su verdad es la única sinceridad que la bendición del amor otorga a los amantes» (5).

La mundialización de las culturas gracias a la rapidez e intensidad de las comunicaciones pone también en contacto a las religiones antes lejanas y extrañas entre sí. Con la inmigración va emergiendo socialmente un boceto del único Dios con muchas caras, a quien se le habla en otros idiomas pero se le ama con un mismo corazón humano. En medio aún de los ruidos confusos de la algarabía histórica de las religiones, puede percibirse ya la surgencia

de una sinfonía inacabada que alaba a Dios con multitud de instrumentos musicales y vocales.

La inmigración nos ofrece la oportunidad de compartir nuestros bienes, fundamentalmente el trabajo y los mismos derechos, pues no se trata de mendigos sino de trabajadores. Los empobrecidos ya no están allá lejos, en países «atrasados»; ahora los tenemos aquí en nuestras calles, escuelas, ambulatorios, templos, lugares de trabajo, etc. Si así lo queremos, las personas inmigrantes pueden ayudar a convertirnos un poco más a los valores del Reino. Si antes íbamos a evangelizar a los demás, ahora son los demás quienes vienen aquí para que descubramos mejor el Evangelio: tener el corazón abierto y compartir la mesa.

«La inmigración nos interpela a abandonar lo que era nuestra visión de Dios. Con el no-pueblo a nuestro alrededor y dejándonos interpelar por este Dios nuevo, lo que era periférico, el pobre, se vuelve presencia del Reino, es centro, porque es pobre, el Cristo sufre, desamparado, sin voz ni derechos, es el primero. Todos somos igualmente inmigrantes y «sin papeles» delante de Dios» (6). ■

#### Notas

(1) Este artículo es parte de un trabajo más amplio que puede solicitarse a esta dirección: [secretario@sevillaacoge.org](mailto:secretario@sevillaacoge.org)

(2) En «Al Wādi l-muqasdas». El Cairo, 1968.

(3) Tamayo, Juan José. «La Iglesia católica ante el diálogo interreligioso», en «Crisis de credibilidad de la Iglesia católica» Revista ÉXODO, n° 95, pág. 30. Octubre 2008.

(4) Concilio Vaticano II, Decreto sobre Ecumenismo. Capítulo II,7.

(5) Drewermann, Eugen. «El mensaje de las mujeres», pág. 60. Barcelona. Editorial Herder, 1996.

(6) Romá Fortuny. Testimonio en «Curas Obreros», pág. 277. Herder. 2009.